

LOS CÁTAROS

HEREJÍA o RELIGIÓN



Estudiante: **RAFAEL CABRERA TOLÓS**

Tutor: FERNANDO BLASCO LASMARÍAS

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN FINAL DE GRADO

GRADUADO UNIVERSITARIO SÉNIOR

CURSO 2021-2022

ÍNDICE.

1. ANTECEDENTES.....	PÁG. 3.
2. EL CATARISMO: CONTEXTO.....	PÁG. 7.
3. EL DOGMA CÁTARO.	PÁG. 11.
3.1. Las fuentes:	PÁG. 11.
3.2. Las creencias:	PÁG. 12.
3.3 Los sacramentos:	PÁG. 13.
3.4. La organización de la Iglesia Cátara:.....	PÁG. 14.
4. LA BATALLA DE LA FE.	PÁG. 23.
5. LA CRUZADA.	PÁG. 26.
5.1. Inicio de la guerra:	PÁG. 26.
5.2. Batalla de Béziers:	PÁG. 30.
5.3. Conflicto de Carcasona:	PÁG. 33.
6. LA DIPLOMACIA DE RAIMUNDO VI.....	PÁG. 38.
7. CRUZADA O CONQUISTA.....	PÁG. 40.
8. BATALLA DE MURET.	PÁG. 45.
9. CONFLICTO EN TOLOSA.	PÁG. 48.
10. LA INQUISICIÓN.	PÁG. 53.
11. TIEMPOS REVUELTOS.	PÁG. 56.
12. MONTSEGUR.	PÁG. 58.
13. EL EXILIO.	PÁG. 63.
14. EL ÚLTIMO CÁTARO.	PÁG. 65.

1. ANTECEDENTES.

En el mundo antiguo la gente no era feliz. Parecía abandonada a la esclavitud, a las deportaciones o a un trabajo continuo y sin esperanza. A los caprichos de los poderosos a los que se hallaban totalmente sometidos, se añadían cataclismos naturales, hambrunas y epidemias. Es fácil comprender que aquellos seres primitivos, pensasen que vivían en un mundo especialmente malo. Y parecía que los Dioses lo habían decidido así. La cuestión de la necesidad de la existencia del Mal debió formularse pronto en algunos hombres. Además esta necesidad no estaba claramente indicada en las religiones

Ningún fundador de religiones había expresado que hay que ser infeliz en este mundo para ser feliz en el Mas Allá. Así pues los hombres que eran felices en la tierra, tenían pues derecho a ser tan felices en la eternidad, como los que sufrían una existencia miserable. Por lo tanto el Mal, era difícilmente conciliable con un Dios infinitamente inteligente y misericordioso.

A menudo los fieles aceptaban el mal como un hecho irremediable y se dejaba a los Dioses, cuyos fines eran incomprensibles, el cuidado de resolver esta cuestión. Una falta original justifica a veces, la condición desdichada de los seres humanos.

Pero existía otra postura que consistía en esperar el Mal de naturaleza Divina. Se le convertía en una entidad distinta y así se oponían las malas potencias generadoras del Mal, a las buenas que dimanaban del verdadero Dios.

Para esta corriente el Mal no es un Dios, sino un principio. Las religiones dualistas son monistas en el fondo. Simplemente se niegan a admitir que el Mal sea directamente obra de Dios justo y bondadoso.

En estas circunstancias, aparecieron algunas personas como Zoroastro (Zaratustra), un profeta fundador del **Mazdeísmo**, que predicó una nueva religión basada en una entidad suprema Aura Magda, a la que acompañaban seis espíritus buenos. Era una religión dualista, pues el Dios de justicia y verdad se oponía al espíritu del Mal. Zoroastro redactó unos cánticos llamados Gahtas que constituyen el componente del Avesta o libro más antiguo del Mazdeísmo.

No se conoce con exactitud donde nació este célebre reformador de la religión iraní, cuyos orígenes habría que remontar al III milenio antes de nuestra era. Es relativamente cierta la época en que vivió, pero en realidad se trata de un personaje legendario que según unos nació en Bactrina, y según otros en la Ragés - no lejos de la actual Teheran -, en tanto que algunos más fijan su nacimiento en la Media y su muerte en Bactrina

Por lo tanto, la concepción de Zoroastro era dualista, aunque el resultado final tendía al monoteísmo con la desaparición de Arriman. El Dios Supremo es Ahura Mazda. Así pues, Zoroastro, solo fue un profeta de Dios ayudado en su obra por una especie de ángeles, los Bienhechores Inmortales.

Los deberes del creyente se resumen en tres mandamientos:

- Tener buenos pensamientos.
- Pronunciar sólo buenas palabras o de consuelo.
- Realizar buenas acciones.

La idea de un mundo dominado siempre por la lucha de un Bien y un Mal es también la base del **Maniqueísmo**, fundado por Manes en el siglo III de nuestra era en Persia y que se extendió por oriente medio y el imperio Romano.

Manes nació el 14 de abril del año 216 en un pueblo de Babilonia septentrional. Era hijo de Patek y su madre se llamaba Maryam.

Al parecer, a los doce años, recibió un mensaje divino. Un ángel, mensajero del “ Rey del Paraíso de la Luz” le dijo: “Abandona a estos hombres, pues no perteneces a ellos . Estás destinado a modificar sus costumbres, pero eres muy joven y tu tiempo todavía no ha llegado”.

Doce años más tarde recibió otro mensaje : “Ha llegado el tiempo. Date a conocer y proclama muy alto tu doctrina”.

Manes viajó a la India y al regreso se dirigió a la corte de Shappuhr, de la dinastía de los Sasánidas, que acababa de sustituir a la de los Arsácidas en el trono de Persia. Manes fue bien recibido y, por lo visto, consiguió hacer varios adeptos entre los cortesanos, siendo finalmente autorizado a predicar.

Pero el maniqueísmo no es únicamente una síntesis de las religiones budistas, mazdeísta y cristiana, que rechaza lo que parece falso de cada una de éstas, sino que es en sí mismo una gnosis, porque en el conocimiento reside la salvación, y trata de resolver el gran problema de la

amalgama de una parcela de materia divina, o sea el alma, con el cuerpo, producto del mundo material, causa inicial del Mal y obra del demonio. En resumen, que en el mundo existen dos fuerzas antagónicas que son el Bien y el Mal.

Otra secta herética nacida en el siglo X, eran los **Bogomilos**, promovida por un sacerdote búlgaro que fue patriarca fundador de esta corriente, basada también en la dualidad extrema, que defiende la redención del alma a través de la lucha del Bien y del Mal.

Los Bogomilos habían llegado a Bizancio donde fueron combatidos y vencidos, pero gracias a las cruzadas y al comercio de las ciudades república Italianas con Bizancio sobrevivieron y expandieron por Francia e Italia.



Zaratustra o Zoroastro.

2. EL CATARISMO: CONTEXTO

Alrededor del año mil, hubo cambios significativos. Apaciguado ya el peligro de las invasiones externas, pudo apreciarse un considerable aumento demográfico. Comienzan también a roturarse las tierras, se introducen nuevas técnicas, como el arado por caballerías o bueyes y se forman nuevas ciudades. Muchos campesinos debieron abandonar el campo superpoblado para instalarse en las ciudades emergentes donde constituyeron grupos inquietos y turbulentos, mal integrados con la vida urbana.

Pequeños grupos de combatientes a caballo -los caballeros- se dirigieron contra los campesinos con las mismas armas que habían blandido contra los piratas. La violencia brotaba más que nunca del corazón de la vida rural. Para defenderse de los piratas, los abades y los obispos fueron en busca de los protectores laicos. Una vez pasado el peligro, esos protectores siguieron en su sitio y continuaron haciéndose pagar sus eventuales prestaciones pasadas. Pero los clérigos empezaban a protestar y querían librarse de esta tutela laica fastidiosa y onerosa a la vez.

Es entonces cuando la gente, cansada de estas cosas, empezó a pensar en unas personas que les daban nuevas ideas surgidas entonces, y a preguntarse si la Iglesia de Roma les convencía plenamente en sus aspiraciones espirituales.

La gente estaba cansada de los diezmos y de las imposiciones de la iglesia, los sacerdotes predicaban lo que después, ellos mismos, no realizaban. Bajo esta situación, un grupo que da ejemplo de lo que predica y no pide nada a cambio atrae la atención de los pobres y, a la larga, incluso también de los nobles.

Las herejías medievales, a diferencia de las antiguas que se basaban en preocupaciones intelectuales y teológicas, son inspiradas principalmente en motivos morales.

El **catarismo** es la doctrina de los cátaros, un movimiento religioso cristiano de carácter gnóstico, que se propagó por la Europa Occidental a mediados del siglo XI y logró arraigarse hacia el XII.

Esta doctrina se apoya realmente en el dualismo. En efecto la causa del Mal, según los cátaros, está en el mundo material, que es la obra de Satanás. Aquí se halla la noción del infierno terrestre de los pitagóricos y los maniqueos. Como éstos, los cátaros tenían una visión muy pesimista del mundo material.

Con referencia al mundo celestial, la idea era más compleja porque en el fondo constituía para ellos el mundo real, al que todos aspiraban a llegar. En los seres que pueblan los dos mundos, material y celestial, conviven tres naturalezas: cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo es la parte absolutamente material, el alma es la parte “creada” y el espíritu la parte divina, es decir, que el cuerpo es la morada del alma y está la morada del espíritu.

El nombre de cátaros venía probablemente del griego que significa puro. Otros cronistas como Geoffroy du

Breuil of Vigeois, les llamaba albigenses y los situaba en la ciudad occitana de Albi. Pero este nombre no parece muy exacto, ya que el centro de la cultura cátara estaba en Tolosa y en los distritos vecinos. Algunos los llamaban también “ la secta de los tejedores “, ya que se dedicaban a tejer y confeccionar tejidos que difundían por Europa Occidental.

Los historiadores Mestre y Brenon prefieren hablar de “Iglesia”. No utilizan la palabra “secta” con la que algunos historiadores -especialmente católicos- se refieren a los cátaros. Y los consideran así porque encuentran que el catarismo, tuvo una organización propia con jerarquía y clero propio , con obispos y diáconos paralelos a la Iglesia Católica. Los cátaros desarrollaron una doctrina, y normas y rituales de iniciación, si bien no eran las mismas que las de los sucesores de Pedro. Además ellos mismos se proclamaron como una Iglesia, la verdadera Iglesia de los Apóstoles.

En el año 1167, en el castro de San Felix de Caraman, al sur de Tolosa, se reunieron muchos representantes de las comunidades de “ buenos hombres” y “buenas mujeres” de la región de Albi , Tolosa, Carcasona y el valle de Arán, así como del norte de Francia e Italia. La asamblea fue presidida por Nikita -o Niceas-, un prelado oriental, y en ella asistieron Sicard Cellier, el obispo cátaro de Albi. Así como Marcos un cátaro italiano y centenares de perfectos que no querían perderse el primer concilio de su Iglesia.

En este primer concilio cátaro, Niceas ordenó a tres nuevos obispos cátaros, el de Tolosa, el de Carcasona y el del valle de Aran y revalidó el ordenamiento de Sicard.

Estos obispos, a diferencia de la Iglesia Católica, eran autónomos e independientes y no reconocían a ninguna autoridad superior (como un principado o papa). Cada obispo, aconsejado por sus asesores el “ hijo mayor “ y el “ hijo menor”, se encargaba de la gestión de la diócesis.

En este concilio se fijó la doctrina, pronunciándose por el dualismo absoluto que concedía el mismo poder a Dios y al Diablo Maligno, lo que cavaba un abismo doctrinal todavía más profundo entre Cátaros y Católicos.

La visita de Niceas a San Félix, no es conocida únicamente a través de un documento de origen cátaro -la carta de Niceas, que fue publicada por primera vez en 1660 por Guillaume Besse-. En 1946 el padre dominico Antoine Doudaine lleva a cabo un ejercicio de rehabilitación y de autenticación de la carta de Niceas en un artículo donde reconoce la fecha de 1167, de la reunión cátara en la región de Tolosa, así como del momento de penetración de la tendencia del dualismo bogomilo en occidente.



San Félix de Caraman

3. EL DOGMA CÁTARO.

3.1. LAS FUENTES:

La documentación acerca del dogma y los rituales cátaros es más bien escasa. La mayoría de los hechos nos vienen explicados en los documentos de los inquisidores, los interrogatorios a diferentes gentes sobre los herejes así como las declaraciones de los propios cátaros al tribunal. Recientemente se ha encontrado una serie de documentos escritos por los propios teólogos cátaros. Entre la documentación perdida se encuentra el Ritual Occitano de Lyon, el documento más antiguo de la Iglesia Catara. También han aparecido el llamado Ritual Latino, texto muy parecido al anterior , y el Ritual Occitano de Dublín. A través de estos textos se ha podido conocer la vida de los “Buenos Hombres, sus ideas y sus objetivos cara salvación de las almas. Hay sobre todo un texto, el llamado, escrito por Rainiero Sacconi, un cátaro convertido al catolicismo, en el que analiza con precisión el libro de los dos principios.

A partir de la lectura de estos textos, sabemos que los cátaros constituyen una Iglesia diferenciada de la católica fundamentada en los evangelios y con un definidor exponente dualista. Los cátaros tan solo aceptan el nuevo testamento y sobre todo el sermón de la montaña, que es la base de la predicación de los Buenos Hombres. Los cátaros no aceptan el antiguo testamento porque en el se recoge la historia de la creación del mundo por el Dios del Mal . Por el contrario, el nuevo testamento es el texto ideal

para seguir con sencillez y precisión los preceptos emanados de Cristo.

El evangelio con el que predicaban los cátaros está traducido a la lengua occitana para así poder predicar en la lengua de los fieles con pleno conocimiento de las escrituras.

3.2. LAS CREENCIAS:

Las raíces de las creencias cátaras procedían del gnosticismo y del maniqueísmo. Por lo que su teología era radical,

basada en la creencia de que el universo estaba compuesto por dos mundos en constante conflicto, uno el espiritual y el otro material.

Según la idea cátara Dios creó el cielo y las almas. El Diablo creó el mundo material.

Para los cátaros, los hombres eran una realidad transitoria, una vestidura, de la simiente angélica. Afirmaban que el pecado se había producido en el cielo y que se había perpetuado en la tierra, en la carne.

Con todo esto, otra creencia que tenían opuesta a la doctrina católica, era que Jesús no se encarnó, sino que fue una aparición que se manifestó para enseñar el camino de Dios. Creían que no era posible que se pudiese encarnar de forma material, ya que todos los objetos materiales, estaban contaminados por el pecado.

La comunidad cátara estaba estructurada en: los obispos, los diáconos los perfectos y los creyentes, cada uno de ellos con un papel fundamental.

3.3. LOS SACRAMENTOS:

Los cátaros rechazaban todos los sacramentos que imponía la Iglesia oficial. Consideraban que los sacramentos católicos, la mayoría de las veces, hacían referencia al aspecto físico y material. Por tanto estaban creados por el maligno. Los cátaros tan sólo aceptaban el bautismo original, el que bendice a través del Espíritu Santo, como único sacramento posible.

“Juan bautizo con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo “ (Atos 1,5)

El *consolament* consistía en la imposición de manos por parte de un perfecto mediante la oración del Páter, única oración válida. El bautizo del espíritu no se realizaba a los pocos años de vida, sino que debía imponerse cuando el creyente era adulto. aceptando por propia voluntad la llegada del Espíritu Santo y sabiendo distinguir entre el Bien y el Mal. Los cátaros creían que el bautismo católico era falso, ya que no garantizaba que el niño bautizado, en el futuro fuera puro. En cambio, con el bautismo cátaro, si se garantizaba esa pureza, puesto que el nuevo creyente recibía voluntariamente al Espíritu Santo.

En definitiva, el sacramento del *consolament* correspondía en realidad a tres sacramentos de la Iglesia Católica: el bautismo la ordenación y la extremaunción.

Pasados unos días, el recién bautizado entraba en una gran sala donde se habían congregado sus amigos, sus familiares y los creyentes que hubieran querido asistir. Se adentraba en la sencilla sala despacio , seguido del más anciano de la comunidad. Los dos llegaban delante del perfecto, se arrodillaban ante él y realizaban el *melhiorament*.

La gente empezaba a rezar. El susurro de la oración parecía un cántico destinado a pedir que fueran perdonados los pecados del perfecto. Un *cosolament* realizado por un perfecto impuro, no era válido. Tras finalizar el rezo, el anciano y padrino del hombre perdonaban los pecados al perfecto.

Tan pronto iban desapareciendo las voces de los purificados, el perfecto colocaba el libro de los Evangelios. El hombre se arrodillaba ante el perfecto, recibía el libro y era preguntado si quería seguir y recibir la ordenación. Con voz clara decía que Si y el perfecto pasaba a describir cual iba a ser su función.

Después, la ceremonia llegaba a su final. Era el momento ansiado durante años.

3.4. LA ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA CÁTARA:

La iglesia cátara quedaría fijada en San Félix y se estructuraba entre los obispos, los diáconos, los perfectos y los creyentes, cada uno de ellos con su papel fundamental en la formación de este nuevo evangelismo. Los obispos, los perfectos y los creyentes eran las piezas

clave para que el mensaje del Dios bueno llegara a todos los rincones de Occitania. Por esta razón, el catarismo era muy peligroso para la Iglesia Católica.

El obispo era el máximo jerarca de la Iglesia Cátara en su territorio, pero ello no significaba que fuera el personaje de más peso. No existían cardenales ni papa por encima de ellos. No se podía identificar de ninguna manera los obispos cátaros con sus homónimos católicos. Los obispos cátaros vivían en las casas dirigidas por las perfectas, lejos de la suntuosidad y la riqueza de los preladados de la Santa Sede. Eran gente sencilla y su potestad para realizar o presidir cualquier ritual era lo único que les diferencia de los perfectos y los creyentes. A pesar de vivir en estas casas, solían viajar a distintos lugares para llevar el mensaje de Dios. Recorrían el país acompañados de un *socius* o diácono formado por él mismo, ya que la norma cátara era viajar acompañados, nunca solos. En realidad el *socius* era el que organizaba todo el viaje y tenía asimismo la potestad de presidir cualquier ritual.

Los sacerdotes debían dar ejemplo de religiosidad, de santidad. Y para ello debían tener conocimientos de todo aquello que afecta a Dios y al hombre. Los sacerdotes cátaros solían ser más cultos que los católicos. Se permitían poder debatir con ellos cualquier cuestión teológica sin ningún temor a quedar en ridículo.

Para la población del medievo francés era más fácil creer en los Buenos Hombres, más próximos a ellos, que en los lejanos y suntuosos obispos católicos, cargados de joyas y sólo preocupados por cobrar el diezmo a los

pobres. La clase sacerdotal cántara queda englobada en los mal denominados por los inquisidores como **perfectos**.

“**Perfecto**” era el nombre que los inquisidores daban a los sacerdotes cántaros, a los Buenos Hombres, cuando eran descubiertos y llevados ante la justicia para ser condenados a la hoguera. Por esta razón el termino perfecto no era utilizado por los miembros de la comunidad.

Los perfectos vivían una vida humilde, casi pobre. Vestían con ropas totalmente negras, larga la cabellera y densa la barba, aunque en los momentos de mayor crueldad de los cruzados, se afeitaban la barba , vestían ropas normales y se cortaban el pelo para no delatarse. Las mujeres perfectas, vestían también de negro, con el pelo totalmente recogido y cubierto. Todos los perfectos y perfectas llevaban siempre encima el Evangelio de San Juan, su gran arma para predicar el mensaje de Dios. Solían vivir en comunidad en las casas cántaras, pero siempre separados los hombres de las mujeres. Durante los viajes iban en parejas hombres y mujeres para despistar a los inquisidores, durmiendo juntos, siempre vestidos, y sin tan siquiera rozarse.

El pecado carnal, jurar y mentir solían ser pecados muy graves para los Buenos Hombres. Quizás la prohibición de mentir fuera el pecado que más dificultades les conllevaba, sobre todo ante las preguntas del Santo Tribunal de la Inquisición.

Los **creyentes** eran todos aquellos que componían la comunidad cántara, pero que no habían sido bautizados mediante el *consolament*. La vida de los creyentes venía determinada por su situación de encontrarse en mitad del

camino entre el Bien y el Mal. Observaban y tenían como ejemplo a los perfectos. El creyente tenía que adoptar una vida de purificación que le condujera hacia el conocimiento del bien.

La vida de los creyentes era absolutamente normal, igual a la de cualquier católico de la época. Sin embargo, la permanente consciencia de pertenecer al maligno les hacía adoptar signos de vida parecidos a los perfectos. Se acogían a la prohibición de mentir, de jurar, no podían rezar el Pater pero comían carne y no habían de rezar a cada momento. Eso sí, sabían que debían vivir en pureza y mejorar en el camino hacia la purificación. Un método para progresar en ese camino era el *melhiorament*, la triple genuflexión que realizaban cuando se encontraban a un perfecto o a una perfecta.

Al formar parte del Mal y también del Bien, el concepto de pecado no era grave ni tan extenso como en la religión católica. Hacían caso omiso al pecado carnal. Si bien es cierto que tenían en cuenta que el cuerpo es corruptible y que el sexo forma parte del mundo del maligno, aunque necesitaban del nacimiento de niños y niñas para asegurar la reencarnación de las almas y que éstas alcanzaran la sabiduría y la salvación.

El objetivo final del creyente era vivir para salvar su alma evitando los pecados mortales, llevar una vida coherente con sus pensamientos y mejorar día a día para que su alma fuera finalmente liberada

La gran cantidad de creyentes que movilizó el catarismo demuestra la importancia y la influencia que ejerció sobre la sociedad civil de occitania medieval. Pues afectaba a todas las clases sociales y económicas.

En el caso de **la mujer**, había en el catarismo un aspecto que ofrecía un aire liberador y emancipador. La mujer en la Edad Media vivía absolutamente supeditada al hombre y al trabajo, sobre todo en las clases más desfavorecidas. A pesar de las diferencias estamentales, la mujer del noble o del artesano compartían el silencio. Silencio que no podían romper, ya que la sociedad no lo permitía. La mujer del gran noble vivía recluida en un castillo en el que no había espacio ni para su propia intimidad. Los espacios destinados a los aposentos de los señores, eran compartidos con las sirvientas. Además, durante este periodo, las habitaciones del noble estaban constantemente transitadas, ya que allí era donde recibían sus visitas. El mismo lugar en que los guerreros y nobles se sentaban a conversar con el señor del castillo, era donde la mujeres debían dormir, asearse y vestirse.

El catarismo proporcionó a la mujer noble un aire de libertad y una relevancia que no tenía entre los muros del castillo. Una vez convertida en perfecta , adquiría más facilidades para abrir su casa, en la que era casi siempre una maravillosa anfitriona de sus invitados.

La manifiesta libertad y el gran protagonismo que adquirieron las mujeres, sobre todo las nobles, provocó la ira de la iglesia católica, que vio en ello el más impío de los pecados que podía cometer una mujer: el libertinaje.

La verdadera emancipación de la mujer llega, curiosamente, a través de la religión. Durante los siglos XII y XIII, la aparición de las nuevas predicaciones de los cátaros les dio la oportunidad de ser libres incluso para predicar. Dos novedades son las que aportaron al mundo religioso, la predicación del Evangelio en cualquier lugar

y en lengua vulgar y la implicación en la predicación por parte de las mujeres.

Las mujeres podían acceder a ser perfectas. No había ningún impedimento para llevar las mismas acciones que los hombres. Las mujeres que querían llegar a ser Buenas Mujeres tenían que pasar por el mismo aprendizaje que los hombres y recibir el *consolament*. Una vez que se convertían en Perfectas gozaban de los mismos derechos y obligaciones que los hombres, aunque había algunas cosas que las mujeres no solían hacer, como la predicación itinerante, pero normalmente dirigían las casas donde vivían en comunidad, trabajaban y presidían las ceremonias públicas. En realidad, tenían el papel de grandes madres que cuidan de sus familias.

El lugar donde desempeñaban su función de madres de la comunidad son las llamadas casas cátaras. En estas casas las mujeres convivían entre ellas como si se tratase de una sociedad igualitaria. Recibían el mismo trato la joven noble y la mujer de un campesino. Éste fue uno de los mayores logros de las mujeres cátaras en el mundo feudal.

La organización cántara parecía estar hecha a medida para convivir en un mundo mercantil. Los sacerdotes cántaros -los perfectos- viajaban constantemente para predicar la palabra de Dios. En sus viajes, se acercaban a las zonas de comercio e incluso ellos mismos comerciaban para poder subsistir. La filosofía cántara era que los Buenos Hombres debían trabajar para alimentarse, al margen de las ideas cluniacenses, en las que la contemplación era el objetivo principal de la vida.

Los comerciantes, por entonces, se veían maniatados por los preceptos establecidos en el importante concilio de Letrán del año 1097, porque la Iglesia católica establecía como usura, y por tanto pecado, cualquier tipo de crédito que realizaran los fieles. La clase comerciante se vio perjudicada por esta prohibición, puesto que para comerciar se precisaba de la letra de cambio. La primera letra de cambio, aparece durante esta época en Tolosa. La Iglesia católica rechazaba cualquier intercambio prestatario entre cristianos, mientras que los cátaros no lo consideraban así. Por eso, la burguesía vio una luz de esperanza en el catarismo. Mas aún, a pesar de ser una iglesia en la que los sacerdotes transmitían una gran humildad, era una iglesia rica. No era suntuosa como la católica, no poseía grandes palacios, ni los prelados vestían con rojas y preciosas sedas. La Iglesia cátara era rica porque todos sus creyentes y los perfectos trabajaban para vivir y mantener las casas donde vivían y predicaban la palabra de Dios.

La buena gestión de sus trabajos y su honradez les convirtió en merecedores de la confianza de la nueva burguesía.

La experiencia, su rectitud y la gestión hicieron que los comerciantes confiaran en los cátaros para que les guardaran y les administraran enormes cantidades de dinero. Es así como los cátaros se convirtieron en potenciales banqueros. La conversión de la burguesía al catarismo no fue absoluta pero sí muy importante. Todo el dinero que ganaban lo utilizaban para la administración de sus casas y como depósitos monetarios en el mercado.

Otra vía muy importante para la expansión del catarismo la constituyeron los artesanos. El artesano es aquel que fabrica los productos y el mismo los vende en una tienda que, por norma general, está situada en su propia casa. Hay fabricantes de todo tipo de cosas, desde zapatos a vajillas, pero por algo que destacan es por la fabricación de paños tanto de ricas telas para vestir como normales para otros usos. Esta actividad artesanal fue la que consiguió una mayor aceptación de los ciudadanos hacia los cátaros, ya que la mayoría de ellos trabajaban de tejedores.

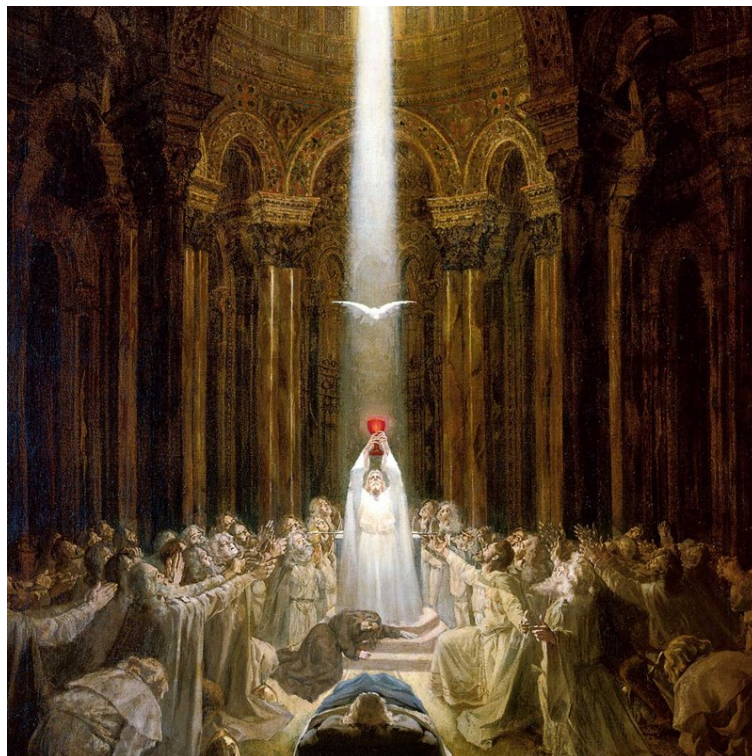
A pesar de que la burguesía era totalmente favorable a las tesis cátaras, el catarismo no se difundió de una manera definitiva en las ciudades. No fue un movimiento urbano ni siquiera rural. Se originó y creció entre la pequeña y mediana nobleza. Los habitantes de las ciudades occitanas solían tolerar sin ningún problema a los perfectos que se encontraban entre ellos, en las plazas, en las calles y comerciando en cada uno de los mercados.

La herejía encontró sin embargo un freno en las grandes ciudades. Éstas eran sedes de grandes obispos católicos. Por lo tanto, como baluartes de la Santa Sede, protegían al máximo la espiritualidad de los ciudadanos. La mayoría de los párrocos católicos urbanos solían ser más cultos que los rurales, por tanto la capacidad de discusión con los perfectos era mayor. Aunque de todas formas, ello no impedía que existiera cierto movimiento cátaro dentro de las ciudades aunque tan sólo fuera por el apoyo incondicional de la burguesía comerciante.

Por otra parte, las grandes ciudades no dejaron de ser vasallas de un noble, por lo que se situaron del lado de los señores. Sin embargo, la sociedad civil de ciudades como

Tolosa y Carcasona aceptaron al catarismo como algo natural y, cuando se inició la cruzada contra los albigenses, fueron estas ciudades las primeras en defenderlos y no entregarlos a los obispos católicos para que fueran quemados en la hoguera. El ejemplo más claro fue la lucha hasta el final del conde Raimundo VII de Tolosa para que la cruzada no atacara sus territorios ni a sus vasallos.

Tiempos peores se avecinaban. Los vientos del Norte traían susurros de guerra. Inocencio III el papa más importante de la Iglesia Medieval , abrió las puertas a la cruzada contra los propios cristianos, apoyado por la ambición de la Francia del Norte. En Occitania, los Buenos Hombres no iban a poder escapar a los terribles zarpazos de los cruzados, siempre de forma sangrienta contra la historia de este hermoso territorio y sus bellas historias de amor.



Rito cátaro.

4. LA BATALLA DE LA FE.

Desde el momento en que el catarismo aparece como iglesia más plural y a la vez más asequible para la gente del Languedoc, la inquietud empieza a mostrarse en las mentes de aquellos que dirigen el catolicismo más estricto, en especial el papa.

El catarismo surgió como una fuerza demoledora capaz de destrozarse cualquier edificio espiritual por muy fuerte que fueran sus cimientos. La nueva herejía había basado su fuerza en saber expresar de una manera humilde y sencilla su doctrina pero también aprovechando las circunstancias sociales en la Occitania Medieval. El catarismo oscilaba entre su origen noble y su difusión a las capas más desfavorecidas.

La nobleza Occitana se encontraba en un momento crucial. Tenía el suficiente dominio territorial para establecer un estado, pero era demasiado pobre y carecía del poder para hacerlo. Y estaba alerta del interés de los capetos, la dinastía reinante en el norte de Francia, de integrar Occitania en sus dominios. La nobleza occitana siempre había estado bajo la atenta mirada de los nobles del norte de Francia, pero también de los ingleses de Bretaña y, sobre todo, en el pensamiento de los monarcas de la Corona de Aragón. Era un territorio permanentemente codiciado por los mismos vecinos, aunque una inteligente política de alianzas y vasallaje había permitido que los nobles Occitanos mantuvieran su

frágil independencia frente a la ambición de los grandes reinos.

No se podía negar el afán de ocupación de las tierras occitanas cuando el mismo Inocencio III escribió a Felipe Augusto de Francia para que organizara la cruzada contra los cátaros, con la condición de agregar las tierras del sur a sus dominios.

La cruzada o cualquier conflicto bélico medieval conllevaba la modificación de las fronteras. La incorporación de los territorios conquistados era tan necesaria como lógica dentro del contexto de una Europa a medio civilizar. Las cruzadas eran respuestas bélicas a un problema religioso. Aunque es fácil comprender que no era la solución para eliminar una creencia.

El papa no solo debía armar un ejército, sino que también tenía que formar un cuerpo teológico para desarmar el peligro hereje.

La lucha contra la herejía introdujo un elemento nuevo que hasta entonces no se había producido nunca: una Guerra Santa en Europa y contra cristianos.

Este nuevo concepto de cruzada provocó enfrentamientos entre amigos y resurgimiento de rencillas que siempre habían estado latentes, pero nunca se habían manifestado, hasta entonces.

El destino llevó a reyes y nobles a luchar, pero esta vez con el terrible apoyo de una cruel institución creada

exclusivamente para la destrucción de las ideas y que perduraría más de seiscientos años: La Inquisición.

De entre los muchos personajes que lucharon en ambos lados de la contienda, cabe destacar a cuatro de ellos, dos por lado, sin cuya participación, la historia hubiera sido distinta.

Inocencio III, Simón de Monfort, Raimundo VI y Pedro de Aragón, al que llamaron el católico porque derrotó a los Almohades en la batalla de las Navas de Tolosa, sin olvidar la participación de Domingo de Guzmán y de Arnaut Amaury, jefe espiritual de la cruzada.



Las crónicas de Saint Denis (ilustración).

5. LA CRUZADA.

5.1. INICIO DE LA GUERRA:

El 15 de enero de 1208, Pedro de Castelnau salió de Tolosa totalmente contrariado por la actitud del conde Raimundo VI. No consiguió hacer ver al conde que estaba protegiendo a los herejes y que debía cambiar de actitud si quería ser bien recibido por la Iglesia otra vez. El fuerte carácter de Castelnau le convirtió en un déspota que lo único que quería era ver convertidos a ceniza a aquellos que se alejaban de los preceptos de Roma. Era un personaje tan odiado que, ese mismo día, cuando se disponía a coger una barcaza para atravesar el río Ródano, mientras esperaba hacerlo, un jinete se acercó a él, le clavó su espada y lo mató.

El agua había rebosado el vaso para Inocencio III, no tenía más remedio que llamar a la cristiandad para que se uniera en una cruzada con el fin de extirpar de una vez por todas, el mal de la herejía. Envío para ello una carta al rey Felipe Augusto de Francia en la que le instaba a capitanear el ejército cruzado. Pero Francia tenía otros problemas y además ¿quién era el papa para dar órdenes a un emperador? Felipe Augusto se negó a encabezar la locura de Inocencio III. Ante esta iniciativa el pontífice insistió, aunque ahora puntualizaba que fuera su hijo quien luchase

contra el hereje. Felipe, sin mucho convencimiento, cedió y dió permiso a sus barones, para que los que quisieran, participaran en la cruzada. Inocencio III quería formar un gran ejército y para ello, necesitaba ahora convencer a la mayoría de los barones franceses. Les ofreció el mismo trato que recibirían si la cruzada se dirigiera a Tierra Santa. Servir durante cuarenta días como cruzado se librarían de todo pecado y las deudas contraídas quedaban eliminadas y tendrían derecho a recibir parte del botín conquistado. Todo ello sin tener que desplazarse a tierras extrañas ni muy calurosas. La primera cruzada en tierras cristianas fue para ellos como ganar en la lotería. Sin realizar un largo y penoso viaje, sus deudas serían perdonadas y podrían volver enriquecidos con solo cuarenta días fuera de casa.

Mientras, el obispo Fulko, prelado de Raimundo VI, acusaba a éste de ser el instigador de la muerte de Castelnau. De pronto, el conde, veía con terror que la cruzada destruiría sus tierras. Sabiéndose inocente, decidió enviar cartas al Papa para llegar a una reconciliación y conseguir su perdón. El pontífice le contestó que debía tratar el tema con Arnaldo Amaury, el jefe de la cruzada. El conde no aceptó porque sabía perfectamente que hablar con el cruel e irascible legado era imposible, pues no llegaría a ningún acuerdo con él. El papa aceptó las excusas de Raimundo y pidió al conde que tratase con Milo, un notario apostólico y amigo de él. En cualquier caso, Raimundo VI debía demostrar que no era el asesino

de Castelnau, de lo contrario él y sus dominios desaparecerían para siempre.

En todo caso, las explicaciones de Raimundo no llegaron a buen puerto y el conde decidió pedir perdón y recibir un castigo. Milo le rogó que aceptase unas condiciones que parecían severas, pero que le salvarían la vida. A partir de este momento, el conde tenía que entregar siete de sus castillos, ceder los bienes religiosos de sus tierras y acceder a no formar un ejército ni a contratar mercenarios para formarlo.

El 18 de Junio de 1209, un año después del asesinato de Pedro de Castelnau, Raimundo VI accedió a ser flagelado públicamente en su feudo, en la iglesia de Saint Gilles y delante de sus vasallos, gesto nada habitual que demostraba el grado de humillación que debió de soportar.

Raimundo VI no dejaba de sorprender a los legados y, después de ser azotado y humillado, pide unirse al ejército cruzado que avanza lentamente desde el norte. Su proposición fue aceptada, aunque nadie se fiaba de su palabra. No es que Raimundo hubiese cambiado desde su castigo, ya que su objetivo era salvar sus tierras.

Pocos días después, Raimundo VI y sus nobles cabalgaban hacia Balance, donde se encontraba estacionado el terrible ejército cruzado. Se presentó a Arnaldo Maury, pero la recíproca aversión que tenía con Raimundo, hizo que el legado papal no estuviera de acuerdo con la inclusión del conde en la cruzada.

A finales de junio, una extensa marea de hombres armados de más de cinco kilómetros de largo se ponía en movimiento para iniciar la cruzada contra los cátaros.

La milicia, no estaba compuesta solo por nobles y sus ejércitos, sino que incluía un gran grupo de mercenarios contratados por los nobles, para realizar las acciones más rápidas y crueles.

No recibían un sueldo, sino que, a cambio de luchar, ganaban parte del botín. Para ello escogían un representante, que era el encargado de negociar con los nobles.

Desde Béziers, el conde Raimundo Roger observaba con preocupación la llegada del ejército y, con él, el conde de Tolosa. Inmediatamente se apercibió de que su territorio era el elegido para empezar las acciones militares y decide encaminarse a Montpellier para negociar con los cruzados y evitar una masacre.

Ante la negativa del perdón por parte de los cruzados, el vizconde cabalgó de regreso a Béziers. Al llegar convocó y una asamblea de toda la ciudad y expuso la situación. El ejército cruzado estaba el caer y venían a destruir la ciudad. Los ciudadanos de Béziers decidieron resistir. La ciudad almacenaba víveres suficientes y no era de fácil acceso. Pensaban que un ejército tan grande no soportaría un verano de sol como el de 1209.

5.2. BATALLA DE BÉZIERS:

El 22 de julio, los cruzados llegaban frente a los muros de la ciudad, y contemplaban la enorme dificultad que tendrían para abatirla. Empezaron a preparar el campo para poner el campamento para el tiempo que pudiera hacer falta. Talaban árboles y construían los pabellones donde se reunirían los nobles. En lugar de la llegada de un ejército, parecía que había surgido de la nada una nueva ciudad.

Cuando el campamento estuvo apenas levantado, los especialistas en asedio se acercaron a los inmensos muros, de la ciudad para descubrir cuales podían ser los puntos más vulnerables y entrar al ataque en esos lugares, pero no encontraron debilidades en la muralla.

Como en todos los asedios medievales, primero se concede un periodo para ver si los asediados se rinden. El obispo de Béziers que estaba entre las filas cruzadas se dirigió a las murallas de la ciudad con una última oferta: entregar a los perfectos y, solo así, el resto de la ciudad se libraría de una muerte segura. La respuesta de Béziers no pudo ser más contundente.

“Preferimos ahogarnos en el mar a cambiar nada de nuestro gobierno” Abajo, en el campamento, habían finalizado las tareas y se disponían a ir al río a lavarse un poco. Los hombres de Béziers los observaban desde las almenas. Los jóvenes quisieron dar a los asediantes una lección. Se reunieron cerca de una puerta de la ciudad.

Empuñando garrotes, lanzas y espadas. Nadie les había dado ninguna orden, pero estaban dispuestos a propinar una lección a aquel grupo. Sin embargo, su rabia y bravuconería les hizo romper una de las premisas más importantes de una batalla en la edad media: Nunca atacar a un ejército en los primeros días de su asedio'

Los jóvenes de Béziers, escasamente armados, abrieron la puerta, y se dirigieron con rapidez hacia el grupo que estaba aseándose en el río. Uno de ellos fue alcanzado sin apenas darse cuenta, le golpearon y le hirieron hasta dejarlo inconsciente y luego lo lanzaron al río. Pero desde el campamento cruzado, los mercenarios oyeron el fragor de la riña, descubriendo que la puerta de la ciudad había sido abierta, y sin apenas un día de asedio encontraron la puerta abierta de la ciudad. Desde las murallas, la gente del interior avisó al grupo de jóvenes de la desgracia que se les venía encima. Estos oyeron el desesperado aviso, pero no llegaron a alcanzar la puerta y fueron abatidos en un momento. Desde las altas almenas se podía ver que los atacantes eran muy numerosos. Los defensores descendieron a toda prisa hacia la puerta para defender la ciudadela.

Mientras, en el campamento cruzado los nobles estaban reunidos para decidir la estrategia a seguir durante el asedio cuando la batalla entre los mercenarios y los de Béziers ya había empezado. Se dieron cuenta de que algo pasaba. Los cruzados se vistieron con sus ropas, cogieron las armas y se prepararon para lanzar el ataque definitivo.

Uno de ellos preguntó a Amaury cómo, una vez dentro de la ciudad, distinguirían a los herejes de los cristianos. A lo que el legado papal contestó con la mítica frase:

“Matadlos a todos. Dios conocerá los suyos”.

En el nombre de Dios se organizó una auténtica orgía de sangre en el interior de Béziers. Los nobles entraron al galope en una ciudad que ya estaba siendo cruelmente abatida por los mercenarios. Mataban quemaban y violaban a todas las personas que se encontraban por delante incluso a los niños. En una de las fatídicas avanzadas, un grupo de sangrientos combatientes entraron en la iglesia de Santa María Magdalena, donde se refugió una multitud de personas que rezaban con la inútil esperanza de que Dios detuviese aquel horror. Tan pronto como entraron los atacantes, propiciaron hachazos a diestro y siniestro, golpeaban los cuerpos, mutilaban y mataban sin contemplaciones a los niños y violaban a las mujeres, en la misma iglesia en nombre de Dios.

Un exultante Amaury envió una misiva a Inocencio III para explicarle la matanza y finalizaba con estas palabras.

“La venganza divina ha sido majestuosa.”

5.3. CONFLICTO EN CARCASONA:

El 1 de agosto, sin apenas tiempo para organizar la defensa, los ciudadanos de Carcasona vieron aparecer frente a sus murallas el gran ejército cruzado. Llamaron al Vizconde para que contemplase el espectáculo. Entró en la sala donde estaban los demás nobles y les pidió que no demorasen el combate, que subieran a sus caballos y que atacasen por sorpresa al enemigo que aún no se había aposentado. Sus amigos más cercanos le recriminaron esta actitud y le pidieron prudencia, más valía esperar unas buenas condiciones de combate que presentar batalla a ciegas a un ejército tan poderoso.

Los cruzados empezaron a montar el campamento. Se prepararon para un largo asedio, ya que no creían que el sitio de Carcasona pudiera resolverse de manera tan fácil como en Béziers.

Para empezar, la ciudad estaba situada en la cumbre de una colina, y en el valle que la precede, se habían formado extramuros dos suburbios, el Burg al norte y el castellar en la ladera sur.

Los cruzados decidieron hacer una incursión en el Burg para ver cómo resistía. Los caballeros se lanzaron al galope, mientras los defensores utilizaban piedras y ballestas para defenderse, pero los muros eran débiles y cedieron al primer ataque de las catapultas. En pocas horas, los defensores del Burg se retiraron a las murallas

de Carcasona, dejando libre el paso a los cruzados. Pero la consecuencia real de esta pérdida no estaba en el control de las entradas de la ciudad, sino en el control del agua. La zona conquistada el norte, estaba repleta de pozos que abastecían de agua la ciudad. Los cruzados habían ganado más que una posición, ahora contaban con las reservas de agua en una ciudad repleta de gente. Desde este momento solo era cuestión de tiempo que Carcasona se rindiese.

Mientras, Pedro II de Aragón se enteró a través del obispo de Narbona de la matanza de Béziers. Al ver el terrible ataque del ejército cruzado, decidió viajar hasta Carcasona para evitar una catástrofe mayor en una tierra que le rendía vasallaje.

Por otro lado, tras la caída del Burg, Raimundo Roger envió misivas al rey Pedro para que intercediese por él ante el papa. Pero Pedro el católico, ya estaba en camino y el día siguiente de la caída del Burg se presentó ante los nobles de la cruzada. Los nobles y sobre todo Amaury pidieron al monarca que primero hablase con el vizconde, y después se vería si era posible una solución diplomática.

Pero el legado papal, puso toda clase de impedimentos a un acuerdo con los sitiados. La derrota de los Trencavel y la aniquilación de la herejía, tenían que ser totales y solo la acción militar les posibilitaría la victoria. Pedro montó a caballo y sin armas, se dirigió al castillo, la ciudad lo recibió entre vítores, pero el semblante del monarca reflejaba preocupación. Saludó a Raimundo y lo llevó a parte para poder hablar en privado.

La decisión no era fácil, Raimundo no esperaba una reprimenda, sino ayuda, por lo que no tenía más salida que pedir al monarca que intercediese por él. Pedro salió de la ciudad convencido de su éxito y se reunió de nuevo con la élite de los nobles. Les habló de la buena disposición de su vasallo para llegar a un acuerdo. Los nobles decidieron que estaban ya cansados y les quedaba muy poco para cumplir los cuarenta días estipulados y en su interior no querían ver a uno de los suyos, humillado de esa manera. Pero el oscuro Amaury estaba presente y consiguió variar la posición de los representantes. El debate se alargó y por fin Pedro pudo alcanzar un pacto con el prelado. Un pacto que realmente era una vergüenza, pero que Pedro se veía obligado a transmitirlo a Raimundo Roger, que podía escoger a doce hombre y abandonar la ciudad. El resto de los ciudadanos quedarían a disposición de los cruzados. El vizconde rechazó la oferta y a Pedro el Católico, no le quedó más remedio que marcharse y volver a sus tierras, enfurecido por la por la actuación de Amaury.

El 7 de agosto los cruzados volvieron al ataque y fue al segundo suburbio de la ciudad, el Castellar. Los gritos de los cruzados alentaron a los defensores. Desde las murallas descubrieron una inmensa oleada de hombres que corrían hacia las murallas. Al llegar al foso los atacantes, fueron masacrados por una inmensa lluvia de piedras y flechas. Muchos de ellos cayeron heridos o muertos. El Castellar tenía una dificultad que los cruzados no esperaban. Los nobles cruzados se dieron cuenta de la inutilidad de los esfuerzos y abandonaron este intento con

el fin de iniciar un ataque típicamente feudal. Las catapultas comenzaron a lanzar piedras, pero la defensa fue tan encarnizada que los cruzados decidieron que el asedio debía terminar. Así pues, ordenaron a un grupo de soldados que cruzasen el foso se acercasen a la muralla y que cavasen un profundo agujero para minar el muro. Así lo hicieron parapetados para que no les alcanzasen los proyectiles de los defensores, empezaron a cavar. Cuando los túneles habían alcanzado la muralla, los apuntalaron y llenaron de brea y paja. Con teas encendieron la brea y huyeron corriendo para evitar las flechas. Pocos segundos después surgió un humo espeso por debajo de la muralla y esta finalmente cedió.

Es un momento clave, abatidos los dos barrios de la ciudad, los cruzados tenían controlado los accesos, pero Carcasona era una fortaleza inexpugnable. La situación era complicada debido al espantoso calor del mes de agosto. A los ciudadanos de Carcasona les tocaba la peor parte, ya que empezaba a faltarles en agua. Los ciudadanos y los animales muertos de hambre y sed, favorecieron la aparición de fuertes infecciones causando la muerte de niños y adultos. La situación de la ciudad se volvía insostenible.

Un día, apareció frente a la puerta un jinete que se identificó como un pariente del vizconde. Traía un mensaje de los cruzados. Raimundo Roger le permitió la entrada y se reunió con él. El misterioso pariente le convenció de que traía un salvoconducto para poder ir a

negociar con los nobles. El vizconde no dudó de su palabra, montó en su caballo y se acercaron al campamento cruzado. Los caballeros lo recibieron con muestras de honor, ya que era uno de ellos. Pero apareció Amaury quien ordenó apresar al vizconde.

Una vez hecho prisionero, los cruzados se acercaron a la ciudad y obligaron a todos los ocupantes a abandonarla sin llevar nada encima. Con la ciudad vacía sin nadie por las calles, entraron al vizconde en la ciudad para encerrarlo en sus propios calabozos. Raimundo Roger murió en la prisión tres meses después.

Durante el asalto a los suburbios, los cruzados, observaron a un pequeño noble que se revelaba como un formidable atacante y un buen estratega. Era Simón de Montfort. El 15 de agosto del 1209, Montfort es nombrado vizconde de Béziers y de Carcasona.

Los cruzados abandonaron el Languedoc, menos unos pocos que quedaron al servicio del nuevo vizconde, aunque Simón les hizo prometer que regresarían, si se les necesitaba.



Carcasona.

6. LA DIPLOMACIA DE RAIMUNDO VI

La contienda del verano del 1209 fue muy dura en el Languedoc y sus gentes. En pocos meses fueron arrasadas dos ciudades y miles de personas asesinadas y los señores occitanos derrotados. El que al parecer tuvo más fortuna fue el de Tolosa.

Al finalizar la contienda, Raimundo VI llamó a su hijo para presentarlo ante toda la nobleza francesa y de esta manera, asegurar el respeto de ésta hacia el futuro conde.

Raimundo VI y los nobles de Tolosa no estaban de acuerdo con el trato que recibían de Amaury, por lo que fueron a ver al papa y en enero de 1210 Inocencio III, llegó a la conclusión de que no debe castigar con tanta dureza al conde.

Mientras, Simón de Monfort inició una oleada de batallas contra los herejes y los señores que los protegían. Entre tanto, en Tolosa, se desató una guerra civil. El obispo Fulko, inició una campaña de limpieza dogmática en la ciudad, en definitiva, intentaba expulsar de ella a todos los herejes o, por lo menos, a los que él creía que lo eran. Nadie le hacía caso, ya habían pasado los años en que la gente se molestaba en escuchar los sermones de los sacerdotes. Antes nadie creía en ellos, pero ahora, tras la

guerra, menos aún. Fulko pensaba que, si no lo conseguía con la palabra, lo haría por la fuerza, por lo que creó un grupo armado llamado la Hermandad Blanca. La Hermandad Blanca asesinaba a una multitud de personas a los que creían judíos o herejes. Curiosamente, los afectados por la brutalidad crearon, a su vez, una milicia para contrarrestar estos ataques, la Hermandad Negra.

Negros y Blancos desataron una guerra civil que poco favoreció los intereses del conde cuando este regresó de Roma para preparar su intervención ante el tribunal eclesiástico.

El 10 de julio 1210 finalmente se reunió el tribunal, con aquellos sacerdotes encomendados por el papa con la misión de escuchar la exposición del conde. Pero Amaury no pensaba permitir que Raimundo fuese perdonado cuando él sabía que era culpable y decidió una estratagema para que le asegurara el éxito. Tomó el primero la palabra y expuso con vehemencia que el conde no había cumplido sus promesas y que mentía cuando intentaba justificarse. “Raimundo es un perjuro, y por lo tanto no tiene derecho a hablar delante del tribunal de la Iglesia”. Así pues, la excomunión quedó prorrogada indefinidamente.



Moneda de Raimundo VI de Tolosa.

7. CRUZADA O CONQUISTA.

La victoria en Béziers y Carcasona habían potenciado la figura de Simón de Montfort que había sido nombrado vizconde de las dos ciudades importantes de los Trencavel. Ahora bien, para Simón no había finalizado la cruzada, aún tenía que limpiar de herejes una gran parte del territorio del Languedoc. Los herejes se habían refugiado en los castillos más alejados o esperaban en la fortaleza de Montsegur.

Simón de Montfort, con un pequeño ejército puso rumbo a Cabaret, pero el terreno era muy montañoso y no consiguió una clara victoria.

El 2 de abril de 1210, el ejército llegó a las puertas de Braun y sitió la ciudad. Los meses que llevaban sin combatir apremiaban a los cruzados que se lanzaron como locos contra la población. La violencia del choque fue tremenda y desproporcionada y pronto se rindió la ciudad. A partir de entonces, ni Montfort ni Amaury volverían a tener jamás un mínimo de clemencia con los occitanos. Tras el ataque separaron un centenar de prisioneros y les cortaron la nariz y un labio, y les arrancaron los ojos a todos menos a uno, al que dejaron un solo ojo, para que les hiciera de guía. Les sacaron de la ciudad en fila y les dejaron ir, para que actuasen como

emblema del terror, como ejemplo a las posibles ciudades que no se rindieran.

El 15 de junio llegaron los cruzados a las puertas de Menerba, después de un largo asedio la ciudad se rindió. El señor de Menerba entregó sus tierras a Montfort, pero al jefe espiritual de la cruzada, Amaury, no le pareció bastante y finalizó el asedio con ciento cuarenta perfectos quemados en una gran hoguera.

En agosto, Simón, se lanzó a la conquista de Termes , tras un largo cerco. Luego pasó a Cabaret y la conquistaron tras cinco meses de asedio. Aún quedaba Lavaur. A principio de Mayo de 1211, tras castigar las murallas con inmensas balas de piedra, los soldados entraron en la ciudad y las represalias no fueron contra la gente normal, sino con los nobles que encabezaban la defensa. Más de ochenta señores occitanos fueron colgados sin ninguna compasión y los cuatrocientos perfectos encontrados en el interior de la ciudad fueron quemados en la mayor hoguera de la cristiandad.

Simón de Montfort se dio cuenta de que no le quedaba nada que conquistar, por lo que decidió centrar su atención en las poderosas murallas tolosanas. Las continuadas victorias le hicieron creer invencible y capaz de todo. Pero la segunda mitad de 1211 no le fue tan favorable. El ejército cruzado puso rumbo a Tolosa junto a miles de soldados de la Hermandad Blanca que Fulko ordenó unirse al ejército cruzado.

En pocos días se situaron delante de los grandes muros, pero Montfort se dio cuenta enseguida de que no era el momento propio ni la situación idónea. Los tolosanos habían decidido defender hasta la muerte la ciudad a pesar de las amenazas que recibieron desde dentro por parte del obispo Fulco y pese a las amenazas de fuera, las murallas de Tolosa eran inexpugnables. Simón de Montfort renunció de momento al ataque y se sintió profundamente herido en su corazón guerrero. Durante un año enfocó su estrategia a destruir y quemar las tierras cercanas a Tolosa

Los tolosanos, al verse amenazados por Monfort pidieron ayuda a Pedro el Católico, que se encontraba en Cataluña. Inicialmente el monarca decidió no inmiscuirse demasiado y envió al vizconde de Bearn para dirigir un grupo de hombres junto a las tropas de Raimundo VI de Tolosa contra los cruzados sin perder tiempo. Eran mayores en número pero debían ir con mucho cuidado, los cruzados eran combatientes valerosos. Monfort, temiendo un ataque por sorpresa, decidió ser él el que fuera al encuentro con los tolosanos. Para ello se refugió tras los muros de Castelnaudary a la espera del conde de Tolosa.

Cuando el conde de Foix y Raimundo VI se reunieron frente a la ciudad, iniciaron el ataque, pero Simón de Monfort resistió, por lo que finalmente decidieron abandonar el lugar.

Montfort se sentía cada vez más poderoso. Desde Castelnaudary se dirigió a Pamies y allí promulgó algunos

decretos que suponían la desarticulación de la nobleza del sur y la sustitución por los señores de Norte. Era diciembre de 1212

Mientras Simón de Montfort hacía estragos en las tierras de Occitania, Pedro II intentaba que se reunieran con él Amaury y Raimundo VI en Narbona para llegar a un acuerdo, pero no se pudo, por lo que al terminar esta reunión, les invitó a ir a Montpellier para continuar allí las negociaciones, y Amaury, con una sorprendente amabilidad aceptó, pero las condiciones debían de ratificarse en Montpellier, en un consejo ante abades y prelados.

Pero las condiciones que puso el legado pontificio para perdonar a Raimundo VI eran muy extremas: debía derribar sus castillos y entregar sus bienes a los cruzados y se le privaba de vestir y comportarse como un noble. El conde, con lágrimas en los ojos, abandonó Montpellier, Refugiándose en su ciudad, tras ser de nuevo excomulgado.

Después de diferentes encuentros con Raimundo VI y los señores de Foix, Bearn y Comenge, que le juraron vasallaje, Pedro escribió unas cartas a Inocencio III y después se dirigió a Muret, que está situada a unos 25 kms. de Tolosa, ciudad muy propicia para poder cortar los suministros que llegaban a la capital.

8. BATALLA DE MURET

Muret era una ciudad situada entre dos ríos, el Garona y el Loja y fuertemente amurallada, por lo que era una ciudad difícil de atacar y eso lo sabían tanto Simón de Montfort como Pedro el Católico.

El 10 de septiembre de 1213, el ejército de Pedro el Católico se encontró por fin con los nobles tolosanos que habían conseguido que los hombres de Montfort que defendían Muret se encerrasen dentro de las murallas. Los dos ejércitos tolosanos y el de Pedro, unieron sus fuerzas y acamparon al lado del río Garona, al norte de la ciudad.

Mientras, Simón de Monfort hacía tiempo que se había enterado de la puesta en marcha del ejército de Pedro y, por ello, se dirigió apresuradamente a Muret, en ayuda de los hombres que había dejado previamente allí.

Pedro había preparado una estrategia, pero Monfort la destrozó. El 13 de septiembre a primera hora de la mañana Pedro II convocó a sus hombres para preparar el ataque. Se presentó el plan pero Raimundo VI se opuso, pues opinaba que la mejor opción era empalizar el campamento y esperar el ataque de los cruzados y acabar con ellos con las ballestas y diversos ataques de la caballería.

La salida del sol marcó el inicio de la batalla. La infantería tolosana sale a combatir y preparar la maquinaria suficiente para el asalto de la ciudad. Mientras, Pedro ordenó a la caballería catalana que se situasen en el río Loja, para atacar en el caso de que Monfort saliera a luchar a campo abierto. La batalla se estaba alargando más de lo esperado, la estrategia de Pedro había fallado en un concepto, ya que los cruzados no habían contraatacado, pero el Rey estaba satisfecho, la infantería hizo un buen trabajo y lo había dejado todo preparado para el ataque a la ciudad.

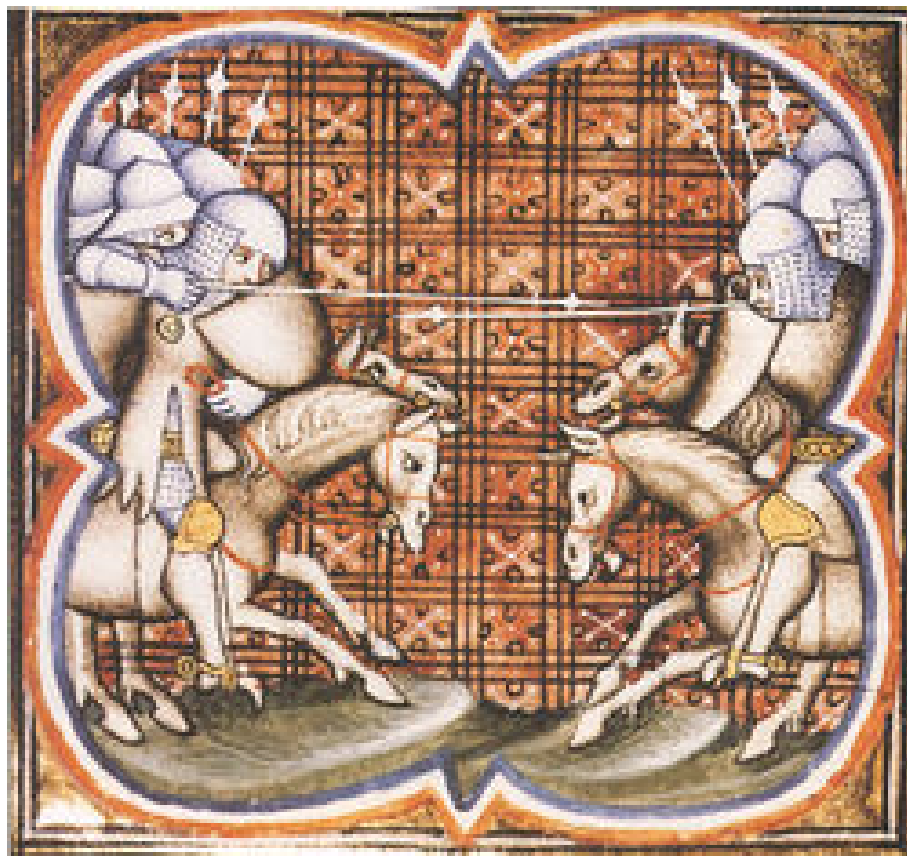
Al atardecer, la infantería, agotada, se retiró a cenar y descansar después de la incesante lucha. El ejército dirigido por Pedro cometió un terrible error. Se retiraron a descansar dejando una pequeña guarnición a cierta distancia del campamento. Monfort decidió que ya era hora de dar una lección a esos herejes.

Los cruzados salieron de la fortaleza por la puerta de Salas, la única que quedada fuera del alcance de la vigilancia de los atacantes.

El ruido sordo de los cascos de los caballos despertó al rey Pedro y su guarnición. Los tenían encima, no pudieron hacer nada. El monarca, en un acto de valentía, se preparó como pudo y se puso al frente de la defensa gritando que él era el rey. El choque fue tremendo. El rey cayó herido de muerte y la guarnición fue asesinada sin compasión. Los jinetes ni si quiera se detuvieron a recoger los heridos o muertos y, sin demora, se dirigieron

al galope hacia el campamento del ejército real, donde los soldados se prepararon para la defensa. Aún sorprendidos por la muerte del rey, fueron aniquilados sin piedad.

Las consecuencias de esta batalla fueron, que Simón de Montfort obtuvo el triunfo, convirtiéndose así en el duque de Narbona, conde de Tolosa y vizconde de Béziers y Carcasona, pero los aragoneses, se quedaron sin el rey Pedro II y sin el príncipe Jaime, ya que habían hecho un pacto hacía algún tiempo, en que Jaime se casaría con la hija de Simón y mientras estaría con Monfort para su formación. Pero esto es otra historia.



Batalla de Muret (Iluminación de códice).

9. CONFLICTO EN TOLOSA.

Simón de Monfort, orgulloso de su nuevo título, viajó a Paris para agradecer la ayuda al rey de Francia y prestarle vasallaje. Mientras Simón se pavoneaba ante el rey y la corte, en Languedoc empezaron a surgir algunos movimientos interesantes.

El joven Raimundo VII, junto a algunos nobles provenzales, tomaron la ciudad de Beaucaire. Al enterarse Simón de Monfort regresó rápidamente de París para dar un escarmiento a los que se habían atrevido a sublevarse contra su autoridad, pero Raimundo VII organizó una excelente defensa de la ciudad y Monfort, tras casi tres meses de asedio y lucha, se dio cuenta de que la batalla estaba en punto muerto. Sin apenas ánimo ordenó levantar el campamento y renunció a la victoria.

Además, se produjo otro hecho que pudo hacer pensar en una posible solución al conflicto: El 16 de julio de 1216 murió repentinamente Inocencio III.

La noticia de la ajustada, aunque significativa victoria de Raimundo VII se difundió muy rápida y llegó a los oídos de los tolosanos. Estos iniciaron una revuelta que les dio la ilusión perdida después de tantas luchas y tantos muertos.

Pensaron que debían enfrentarse a Simón para demostrarle, de una vez para siempre, que Tolosa no se iba a rendir.

Monfort ordenó a su ejército dirigirse a la capital del Languedoc, montó en su caballo y en tres jornadas se plantaron ante las murallas de Tolosa y desplegó el ejército para el ataque a la ciudad. Lo primero que ordenó a los cruzados fue incendiarla por lo que quedó prácticamente arrasada.

El ataque convirtió a Tolosa en una ciudad fantasma en ruinas, pero se encendió una luz de esperanza. El siempre sombrío obispo Fulko, reunió a los poderes de la ciudad para proponer llegar a un acuerdo con Monfort, a cambio de la entrega de las armas, los ciudadanos de Tolosa recibirían compensaciones por las pérdidas por el asalto de los cruzados. Para ello debían reunirse con Simón y cerrar el trato. Una vez fuera de la ciudad, la traición de Kulko se consumó, los cónsules fueron apresados. En esta situación, Montfort hizo un llamamiento a los tolosanos: Si querían recuperar a los prisioneros, tenían que demoler las murallas de la ciudad y los edificios fortificados. Pero Tolosa hizo caso omiso de la amenaza de Simón, y él decidió acabar de arrasarla. Mientras, se abandonó a los prisioneros en el campo con el juramento de no volver a la ciudad. Finalmente, los tolosanos no tuvieron más remedio que ceder a la brutalidad de los cruzados y aceptar como conde a Simón de Montfort.

Una vez resuelto el problema tolosano, Simón de Montfort volvió a las andadas. En lugar de establecer el orden en el condado y asegurarse el homenaje de los nobles del Sur, se dedicó a combatir cualquier ejército o castillo que perteneciese a los condes de Foix o fuesen amigos de los cátaros.

Pero se produjo un hecho inesperado y que alteró todos los planes. Raimundo VI, legítimo conde de Tolosa, prosiguió su exilio en Cataluña, donde se instaló tras su estancia en Inglaterra. Su prioridad continuaba siendo volver a Languedoc y recuperar sus posesiones. Por ello estaba informado minuciosamente de los movimientos del enemigo. Un día decidió que había llegado el momento, y con un grupo de nobles, cabalgó hacia Tolosa.

Al alba del 13 de septiembre de 1217, unos misteriosos caballeros embozados hasta los ojos entraron en la ciudad recién despierta. La gente los miraba. De pronto, uno de ellos, descubrió su cara y la gente que pasaba por su lado quedó asombrada. El conde Raimundo VI, había vuelto. La gente lo aclamó, pero no había tiempo para celebraciones, pues sin duda Simón de Montfort se enteraría muy pronto de su presencia en la ciudad y llegaría en pocas jornadas.

Como era de esperar Simón llegó a principios de octubre a las puertas de la ciudad. Tolosa le traía demasiadas situaciones desagradables, para gobernarla, debía destruirla para levantarla de nuevo sin nobles del sur que obstaculizasen el desarrollo de su política. Sin previo

aviso ni preparación de ataque, lanzo el ejército en pos de la matanza de todos los que se interpusieran en el camino, pero se topó con la mejor defensa hasta entonces. Entre sangrientas e inútiles batallas transcurrieron más de ocho meses de cerco.

Otra sorpresa animó a los tolosanos. Un jinete se escabulló de la vigilancia de los cruzados y entró en la ciudad. El Conde Raimundo estaba preparando la estrategia de un nuevo ataque cuando le llegó la noticia de que su hijo Raimundo estaba en Tolosa. Al ver las circunstancias, Simón de Montfort, pidió nuevamente refuerzos a Francia. Concedidos éstos, no llegaron a ser determinantes en el triunfo final, ya que uno de los protagonistas murió de manera repentina.

La mañana del 25 de julio de 1218 los defensores salieron para hacer un ataque sorpresa. Consiguieron pillar a todo el mundo desprevenido hasta a Simón, que estaba en misa, salió con su brillante armadura y se unió a los combatientes que estaban luchando cuerpo a cuerpo.

En un lance de la batalla, Montfort levanto la cabeza y vio a un amigo malherido. Cuando se disponía a acercarse para socorrerlo, solo tuvo tiempo de oír un golpe sordo y el gruñido de su propia garganta. Una enorme piedra le dio en la cabeza y falleció al instante.

Una crónica relata el suceso de esta manera tan clara: “ Una piedra dio allí donde debía y alcanzo a Simón

justo sobre el casco, de manera que los ojos ,el cerebro, los dientes y la frente saltaron en pedazos”

Cuando los cruzados se dieron cuenta de la muerte de su capitán, retrocedieron y abandonaron la lucha, mientras los clérigos que vivían dentro de Tolosa hicieron sonar las campanas para celebrar la victoria. El hijo de Simón tomo las riendas del ejército, pero sintiéndose incapaz de continuar la lucha, levantó el asedio y se marchó a Carcasona.



Tolouse medieval.

10. LA INQUISICIÓN.

Tras la muerte de Domingo de Guzmán, los dominicos continuaron la misión de vencer a la herejía por medio de la predicación y los debates. El objetivo era convertir a los herejes mediante la confrontación de los diálogos. Años más tarde, los buenos frailes se convirtieron en los odiados inquisidores. En el año 1227, Gregorio IX sucedió al gran papa Inocencio III. Desde el inicio del papado, centró su pontificado en la lucha contra el catarismo por la vía religiosa, pero de manera muy distinta. Se sirvió de las mismas ordenes mendicantes que tanto habían combatido a los herejes, pero ordenó a estas, en vez de dialogar y predicar, juzgar y castigar.

Al principio Gregorio IX impulsó unos tribunales controlados por los obispos que, en casos excepcionales, podían detener a un hereje y, si era culpable, juzgarlo y entregarlo al noble que correspondiera para que se hiciera efectiva la sentencia. Al principio, estos tribunales rara vez se constituían, debido a la falta de organización y poca preparación de los obispos.

En el año 1231, el papa, se percató de que debía impulsar un tribunal controlado directamente por él y que actuara de manera decisiva en la eliminación de la herejía. En su mente estaban presentes los diez años inútiles de cruzada y los años de los debates entre los cátaros y prelados, que tampoco habían cosechado éxito. Todo ello le convenció de que tenía que eliminar de raíz la base de la

herejía y crear el primer tribunal de la Inquisición para eliminar a los herejes. Inquisición significa investigación y, por tanto, debía ser un tribunal que diera garantía a todos: testigos, acusadores y acusados. Garantía de un juicio digno y justo. Pero la realidad no fue así. Se creó la inquisición como último recurso para suprimir el catarismo, borrar sus redes socio-económicas y eliminar el mayor número de perfectos. Una fe sin dinero ni pastores desaparece.

Las afiladas espadas de los cruzados habían servido para matar en nombre den Dios, y una Inquisición creada por el Papa serviría para llevar el terror y la muerte a una población cristiana. En el nombre de Dios se quemó a los herejes como si las llamas pudieran purificar el ama.

El tribunal de la Inquisición estaba formado por un juez eclesiástico, ya que lo que se juzgaba eran delitos doctrinales, pero siempre secundado por el civil, que era el que ejecutaba las decisiones del tribunal. Los procedimientos por los que actuaba el Santo Tribunal estaban detallados en un manual escrito por Bernardo Gui, inquisidor francés, si bien el método de trabajo venía determinado por el instructor y el propio funcionamiento que generaba. El objetivo del inquisidor era investigar, a través de testimonios y pruebas, si eran herejes o protectores de herejes. Mediante estas investigaciones e interrogatorios se abrían numerosos registros de perfectos.



Tribunal de la Santa Inquisición.

11. TIEMPOS REVUELTOS.

Entre los años 1226 1229, se realizaron muchas escaramuzas de todo tipo, el mismo rey de Francia mandó a su hijo Luis VIII a la Cruzada Albigense. El papa en este momento es Honorio III y de nuevo está en marcha la cruzada y la inquisición. En noviembre de 1226, después de la campaña de Aviñón, donde permanecieron mucho tiempo en aguas pantanosas y por las epidemias contraídas en el asedio, cayó enfermo y murió el 3 de noviembre de 1226 Luis VIII a los treinta y nueve años.

En otoño de 1229 se convocó un concilio en Tolosa con el único objetivo de fomentar medidas contra la herejía. Se llevo a cabo una compilación de cómo tratar la herejía y cuales las sanciones que se debían de imponer. Los hombres mayores de 14 años y las mujeres a partir de los 12, tenían la obligación de denunciar ante la comisión a cualquier persona en la que observasen conductas heréticas.

De hecho, se instaló un auténtico sistema policial de denuncia y persecución. Las hogueras volvieron a asesinar a algunos herejes. Sin embargo, este sistema funcionó escasamente.

En Roma se eligió a un nuevo papa Gregorio IX que observaba con preocupación que el método

implantado no acababa de ser eficaz. El nuevo pontífice quería encontrar el sistema que unificase todos los procedimientos y metodologías, y ponerlos en manos de gente experta que impusieran respeto a la voluntad de Roma. Los largos años de guerra, tan solo habían servido para ocupar un país, pero no para erradicar el catarismo.

Mientras la inquisición realizaba su trabajo, Raimundo VII no se quedó de brazos cruzados. Era consciente de que debía provocar una revuelta popular que le proporcionase la excusa para llevar a cabo sus planes, pero no llegó hasta el 28 de mayo de 1242 en que un grupo de rebeldes refugiados en la fortaleza de Montsegur, en la noche fue a Avignonet y asesinó a los inquisidores que descansaban en sus habitaciones.

La matanza de Avignonet provocó una revuelta que condujo a la derrota del catarismo en la montaña de Montsegur.



Papa Gregorio XI.

12. MONTSEGUR.

En el año 1204 Raimundo de Mierpoix, le pidió a Ramón de Pereille, señor de estos territorios, que reconstruyese la fortaleza. Y éste así lo hizo. El castillo era pequeño y no todos podían gozar de un alojamiento espacioso o lugar de reuniones para hablar y trabajar. Los perfectos mantuvieron viva la esperanza de llevar a la salvación las almas, por lo que continuaron realizando los rituales y ceremonias cátaras. Los perfectos que vivían en Montsegur representan la salvación, el momento en que el alma acude a su reunión con el verdadero Dios.

Guilhabert de Castres, uno de los perfectos más importantes, le pidió a Ramón de Pereille que convirtiera Montsegur en algo más que un centro de reunión. Quería que la fortaleza de la cima de la montaña se trasformase en la capital del catarismo, en el centro desde el cual resistir y poder salir a cualquier parte a predicar. A partir de este instante comenzaron a llegar creyentes desde todos los puntos cardinales, incluso de Cataluña, donde el catarismo se afianzaba en el señorío de Castellbó, cercano a Monsegur.

La montaña se convirtió en el centro de lo que quedada del catarismo. Se construyeron hospitales para cuidar enfermos y casa donde tejer y predicar, pero sobre todo, en el centro diplomático y estratégico de la herejía. Todo ello obligo a los perfectos a resolver un acuciante

problema, como abastecer a la cantidad de gente que se estaba congregando en la cima de la montaña. El invierno de 1235 fue especialmente gélido, lo que provocó una crisis de subsistencia, aunque gracias al esfuerzo recaudador de los cátaros los almacenes volvieron a llenarse en poco tiempo. Todo este trajín, requería dinero para pagar a los comerciantes, a los intermediarios y a los soldados que protegían el castillo y para subvencionar las constantes embajadas a lugares distantes. El dinero se obtenía a través de las donaciones de los creyentes moribundos o de los depósitos que les hacían los comerciantes.

Esta vida sosegada y aparentemente tranquila del refugio cátaro se ve truncada cuando el obispo de Albi y Hugo de Arcis, senescal de Carcasona, reunieron un ejército para encontrar y ejecutar a los responsables de los asesinatos de los inquisidores en Avignonet.

Una mañana de intenso calor, descubrieron como empezaban a subir miles de hombres por las laderas del monte. Era mayo de 1243, el asalto de Montsegur había comenzado. La situación para ambos lados era distinta. Por un lado, los habitantes de la fortaleza que habían previsto la posibilidad de un ataque y por lo tanto, llenaron las bodegas de alimentos y agua, dispuestos a soportar un largo asedio. Por otro lado los miles de hombres que formaban el ejército no eran suficientes para rodear toda la fortaleza y dejaban de vigilar algunos pasajes que fueron fundamentales para los defensores. Además, la fortaleza

estaba situada en una zona muy escarpada, por lo que las catapultas y máquinas de asalto no eran útiles en este caso. Mientras, los defensores, utilizaban los pequeños pasajes entre la maleza para subir víveres, enviar mensajes y abastecerse de armas. Pronto llegará el invierno y tanto unos como los otros, saben que no resistirán mucho más tiempo después de seis meses de asedio.

Hugo de Arcis llamó a un grupo de vascos y gascones y les ordenó que escalasen por la empinada pared rocosa que daba a la parte trasera de la fortificación. Desde allí fue más fácil abatir las murallas con las máquinas de guerra. Una fría noche de invierno, los asaltantes empezaron a escalar la pared de la montaña con armas y primeras piezas de la catapulta. Avanzaban con sumo cuidado, ya que cualquier caída o ruido alertaría a los defensores, quienes lo tenían muy fácil para matarlos. La suerte les acompañó, llegaron a la cima y sorprendieron a los pocos hombres que dormían en un pequeño baluarte y los arrojaron al vacío.

Esta pequeña victoria de las huestes de Hugo de Arcis fue una gran derrota para los refugiados. Llegó el momento trágico para toda la Occitania, el momento de la rendición.

El 2 de marzo de 1242, Pedro Roger de Mirapeis, jefe de los defensores entró en negociaciones con el senescal de Carcasona, Hugo de Arcis. Las negociaciones quedaron definidas, los defensores tenían quince días para entregarse, obtuvieron el perdón por sus faltas anteriores

incluso de los crímenes de Avignonet, con la única obligación, de abandonar el lugar y presentarse ante la inquisición para someterse a un interrogatorio. Todas las personas encerradas en Montsegur quedarían libres excepto aquellas que no abjuraran de la fe cátara, cuya pena sería la muerte en la hoguera. Los dos bandos estuvieron de acuerdo y así lo comunicó Pedro de Mirapeis a los habitantes de la ciudadela.

Para los ciudadanos que habían defendido con uñas y dientes la fortaleza fueron momentos de dolor. Les quedaban quince días para poder despedirse de los compañeros y perfectos ya que estos se negaron a abjurar de su fe y prefirieron morir en las brasas de Dios. Además de estos, una veintena de personas pidieron recibir el *consolament* para acompañar a la muerte a sus fieles amigos.

El 16 de marzo vencía la fecha en la que debían entregarse los habitantes de Montsegur. Por la ladera del monte, caminando despacio, descendieron un río de personas que se dirigían a la libertad. Sin embargo, sus rostros reflejaban una profunda tristeza. Les seguía la hilera de la muerte: más de doscientos perfectos cuyo destino era la hoguera. La pira funeraria se encendió con lentitud, pero en pocos segundos se convirtió en una masa de fuego.

Los hombres habían vuelto a matar en nombre de Dios.



Reconstrucción hipotética de la fortaleza de Montsegur.



Estado actual del castillo de Montsegur.

13. EL EXILIO.

La derrota del baluarte cátaro de Montsegur trajo un periodo de denuncias y restricciones por miedo a perder la vida. Los perfectos y creyentes que sobrevivieron se vieron obligados a huir. Muchos de ellos deambulaban por los campos y ciudades del Languedoc, malviviendo y sin apenas posibilidades de alimentarse. Muchos perfectos que iban sin destino fijo por los montes, se agruparon con los antes grandes nobles y ahora pobres míseros que habían perdido sus hogares y sus riquezas.

El cerco constante de los inquisidores y las condiciones infrahumanas de la vida en el monte, obligaron a los cátaros a buscar mejor suerte en otros países. La mayoría de ellos se decantaron por ciudades italianas como Génova o Pavía. Los ciudadanos italianos, al contrario que los franceses, tenían un estatus independiente y no dependían de ningún monarca que les impusiese su ley. Cataluña también era uno de los destinos, ya que estaba cerca de los pirineos.

La inquisición aniquiló la herejía en Languedoc, pero los años fueron pasando y aquellos creyentes que se exiliaron se convirtieron en perfectos. Y poco a poco va surgiendo la idea de volver a casa. Esto es lo que pensaron los hermanos Autier que, aprovechando una peregrinación

masiva a Roma para el Jubileo de 1300, emprendieron el camino hacia sus antiguos hogares. Por fin llegaron a la zona montañosa de Foix donde se establecieron. En ese momento la inquisición, pensó que el territorio estaba limpio de cátaros, pero en poco tiempo encontraron a unos creyentes que vagabundeaban por la montaña. En dos o tres años por los campos de Foix, los hermanos Autier, arrastraron a un millar de personas bajo su fe. Así, el catarismo volvió a extender sus sedes por el Languedoc.

La Santa Sede y la inquisición empezaron a sospechar que algo se estaba moviendo en Languedoc. En principio no se creyó que se hubiese vuelto a extender la herejía, pero con el fin de averiguarlo, el papa nombró a tres inquisidores con la misión de descubrir lo que sucedía.

La lógica de la persecución hizo que alguien denunciara a los hermanos Autier. La maquinaria inquisitorial se volvió a poner en marcha y se llevaron a cabo auténticas redadas policiales en los pueblos para descubrir a los herejes. Entre 1305 y 1309 casi todos los perfectos de la nueva oleada instalados en Languedoc fueron encarcelados y quemados en las hogueras, incluso Guillermo Autier fue sorprendido y ejecutado con rapidez. Pedro, su hermano, intentó escapar pero fue apresado durante el verano de 1309. Pese a los interrogatorios en los que llegaron a utilizar la tortura, Autier no abjuró y fue condenado a muerte. En abril de 1310 Pedro Autier purificó sus culpas en la hoguera en el centro de Tolosa

14. EL ÚLTIMO CÁTARO.

Belibaste fue hijo de una familia campesina rica de la zona de las Corberas. Su oficio era el de pastor y pasaba largas jornadas yendo y viniendo por los montes con los rebaños. Su vida puede resumirse en ir sobreviviendo sin grandes sobresaltos. Sin embargo, una pelea en otoño de 1306, cambió por completo su vida. El resultado de la pelea fue la muerte de su contrincante y la huida del joven pastor, ya que la justicia francesa le perseguía. Por los lugares más recónditos de la abrupta meseta de las Corberas, conoció a un grupo de creyentes cátaros que se escondían para evitar encuentros desafortunados con la Inquisición. Empezó un noviciado y en poco tiempo, fue ordenado por Felipe D'Alayrac. Sin darse cuenta se convirtió en un miembro del grupo de Autier. La Inquisición hacía tiempo que estaba detrás de ellos y finalmente, después de una redada en un pueblo, fue detenido. La verdadera aventura de Belibaste empezó entonces. Logró escapar de la prisión junto a su amigo D'Alayrac y, con un grupo de creyentes, cruzaron los Pirineos en el año 1309, estableciéndose, por un tiempo, en Torroella de Montgrí. Vivieron momentos de paz hasta que su compañero inició una misión cerca de la frontera francesa. Allí fue sorprendido, detenido. y llevado a la hoguera. Belibaste se quedó solo frente al grupo de

exiliados. Recorrieron toda Cataluña hasta instalarse en Morella y San Mateo. La vida del grupo retornó a la tranquilidad a pesar de la azarosa vida de Belibaste. Las malas costumbres le arrastraron y cometió pecados inconcebibles para un perfecto. Para pasar desapercibido de las miradas inquisidoras, compartió vivienda con una mujer, Raimunda Martin, que en realidad era su amante. De hecho, la obligó a casarse con un amigo para disimular su embarazo.

Un día un occitano, paseaba por el mercado de Morella y descubrió varias personas que, hablando catalán, tenían un acento del Languedoc. Se aproximó a una muchacha, se presentó y la convenció para que le llevara ante el perfecto. Conoció a Belibaste y dijo llamarse Arnaud Sicre, creyente fugitivo. En un primer encuentro, explicó que su tía y su hermana tuvieron que quedarse en Francia, debido a la mala salud de la primera, pero que en cuanto pudiese iría a buscarlas. Poco a poco, el recién llegado, se fue integrando en el grupo, aprendiendo diversos oficios y escuchaba atentamente las enseñanzas de su maestro. Tanto perfección era imposible y el joven Sicre era un claro ejemplo. Sicre provenía de una familia reducida a la nada por la Inquisición. Su madre y hermana habían sido quemadas en la hoguera y todos sus bienes confiscados. Desesperado Arnaud se dirigió al Tribunal Inquisitorial para ofrecerse a colaborar con ellos a cambio de recuperar sus posesiones. Sicre se convirtió así en un auténtico doble agente.

En 1319 Arnaud y Belibaste eran inseparables y éste al final, le dio permiso para que fuera en busca de su rica tía y su hermana a Francia y las trajera a San Mateo.

Pasaron los meses sin tener noticias de Sicre, pero un buen día reapareció por la comunidad. Volvió solo, y les contó que su madre estaba enferma y su hermana se había quedado para cuidarla. Para hacer más creíble la historia trajo consigo una considerable suma de dinero que, según contó, le entregó su tía para la comunidad. La alegría del perfecto fue inmensa y pensó que un día u otro tendría que recompensar la ayuda de su amado discípulo. Y ese desafortunado día llegó en la primavera de 1321, cuando le pidió a su amigo Belibaste que le acompañase a Francia a visitar a su tía enferma que tan generosamente se portó con ellos. La traición estaba en marcha. Antes de la partida, Maury, un compañero de Belibaste, le comentó que no veía con buenos ojos su viaje a Languedoc, y que no se fiaba de la palabra de Arnaud. Para contentar a su amigo, Belibaste, le ordenó que preparase una estratagema para descubrir si Sicre era traidor o no. Una noche, los dos intentaron emborrachar a Arnaud, conedores de que el estado de embriaguez se cuentan las verdades ocultas. Sicre se percató del juego y fingió emborracharse. En un momento de la noche, Maury le acompañó a acostarse. Sicre fingió que a duras penas se mantenía en pie. Maury entonces le preguntó sobre la posibilidad de entregar en Francia a Belibaste ya que era buscado allí. El falso borracho contestó airado que ni loco

haría una cosa semejante. El perfecto y su protector se quedaron tranquilos.

Tras una semana de andar a escondidas, el grupo llegó a Trivia, un pueblo de Foix, mientras dormían plácidamente en una posada a la espera de visitar a la tía de Sicre, unos hombres armados derribaron la puerta y detuvieron a todos menos a Sicre, el rico agente doble.

Belibaste fue conducido a la prisión y encadenado y aun tuvo la fuerza de decirle a su traidor.

“Si pudieras volver a tener sentimientos y te arrepintieras de lo que has hecho en mi contra, yo te ordenaría y después, juntos, nos tiraríamos desde este torreón y tu alma y la mía subirían al lado el Padre Celestial”.

El testamento de un verdadero Cátaro. En otoño de 1321, Belibaste es conducido al patio del castillo de Villerouge-Termes donde arderá en la hoguera. Con la muerte de Belibaste no desaparecieron los creyentes, aunque cada vez fueron menos, pero las llamas encendidas por la traición de Sicre hicieron desaparecer al último

BUEN HOMBRE.



Huída de los cátaros.



Ejecución de un perfecto.

BIBLIOGRAFÍA

Los cátaros, problema religioso, pretexto político.....

Jesus Mestre Godes

Los Cátaros..... Jean Pierre Leduc

Los Cátaros el desafío de los humildes.....

David Agusti

TRABAJOS EN PDF

Cátaros.....Florencia L. Silveyra

La Cruzada Albigense.....Andrea Gayoso

Entre el deseo y la perfección.....

Roberth Hurtado Madrigal.